



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La transición en la historia general de América

Autor: Bosch García, Carlos

Forma sugerida de citar: Bosch, C. (1990). La transición en la historia general de América. *Cuadernos Americanos*, 1(19), 108-118.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 19, (enero-febrero de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA TRANSICION EN LA HISTORIA GENERAL DE AMERICA

Por *Carlos BOSCH GARCÍA*
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

DESDE HACE AÑOS varias instituciones atacaron la posibilidad y también prepararon el camino, dejándonos la preocupación de la *Historia general de América*. Esta se ha visto limitada por una visión histórica nacional preñada de temas y formas de ver convenientes a la política y se ha ofuscado el devenir histórico americano. Todavía, los estudiosos hacen verdaderos esfuerzos para lograr una visión de conjunto. Las historias generales existentes han conseguido establecer capítulos poco satisfactorios de carácter general, pero siempre recaen en las historias nacionales, carentes del esfuerzo sintético necesario.

El historiador se confunde con la cantidad de material que existe y por ello, al no lograr la síntesis, regresa a la historia nacional, cuyas necesidades y propósitos son diferentes. Se construye en torno a las necesidades locales que buscan una secuencia de figuras destacadas en torno a las cuales se forman espirales históricas para explicar los hechos más importantes de las mismas.

Germán Arciniegas, el historiador colombiano, en su *Este pueblo de América* nos da un ejemplo de lo que venimos diciendo:

Si fuera posible trasladar a un gobelino la pintura que suele hacerse del siglo XIX en América, el asunto no sólo nos ofrecería dificultades sino que resultaría sobremanera hermoso. Adelante, rompiendo la centuria, descollarían los héroes: Bolívar, San Martín, Sucre, Artigas, Morelos, O'Higgins, caballeros en corceles nerviosos, rutilantes de gloria bajo frondas de laurel. Luego, como siguiéndoles los pasos, avanzarían los caudillos, y los dictadores. Los caudillos fueron esas vigorosas figuras locales, arbitrarias y rudas, que llenaron los escenarios de la vida americana hasta el borde del siglo XX, reventando coraje y haciendo patria a su manera. Los dictadores eran déspotas, herederos del absolutis-

mo. Ahí veríamos a Rosas y a Porfirio Díaz, el doctor Francia y a Guzmán Blanco, a Melgarejo, a García Moreno. Héroes y caudillos: he aquí la síntesis. Fuera de esto, nada. Detrás de los capitanes de la independencia, una polvareda dorada que cubría la marcha de las caballerías. Detrás de los caudillos, el rumor de la barbarie que levantaban a su paso las montoneras. Detrás de los dictadores, el silencio del miedo.¹

Así analiza Arciniegas la historia con su crítica aguda y se amolda a lo que venimos diciendo. Después queda ¿el silencio del miedo, como único resorte detrás de los dictadores? Si como hacen los políticos, pensamos que después de la Independencia, o con la Independencia, se anuló la colonia porque se rompió con ella, entonces Hispanoamérica quedó desheredada y hubo que "hacer" su historia y resolver conceptos y explicar realidades. Así obligaron a la historia general a buscar en la historia nacional lo que pudiera servir de coagulante, pero no se logró en la historia general.

Si avanzamos en nuestro análisis nos preguntaremos si aquello que se "hizo" en la historia de América fue lo que se *debía hacer* para explicar nuestro Continente facilitando una plataforma de conocimientos que sirvieran como punto de partida. El propio Arciniegas se pregunta también:

El siglo XIX. ¿fue todo eso y nada más que eso?. ¿fueron los héroes esos personajes sobrenaturales de que habla la historia?

Detrás del gobelino, ¿qué había? Para saberlo sería necesario des-articular las figuras de los protagonistas. Aventurarse a golpear en el bronce de los libertadores y en el barro de los dictadores para oír la voz del metal y de la tierra que les dieron vida.²

Esas preguntas y muchas otras dudas justifican cualquier esfuerzo que hagamos para acercarnos a la historia de América. No podemos desconocer la inclinación natural de los historiadores a buscar materiales inéditos y aparecer con la aportación de novedades, pero descuidan que también es una aportación la forma de interpretar. Aun cuando las historias nacionales están bastante completas, sin duda muestran huecos que deben llenarse. Pero los historiadores prefieren seguir insistiendo en temas, prácticamente agotados, que profundizan sin cansancio, pero que son intrascendentes. Seguir estudiando y puntualizando datos sobre Santa Anna o Bolívar

¹ México, FCE, 1945, p. 117.

² *Ibid.*, p. 117.

o San Martín o Juárez o Hidalgo lleva a la deformación de la historia porque sólo logran agrandar esos personajes que agigantan hasta el infinito negándoles incluso una posible humanidad, que sería una de sus mejores características. Sus figuras en cambio se acrecientan a tamaños casi insoportables. Pero no resuelven, en cambio, aquellas lagunas que, posiblemente, serían de gran trascendencia.

Las dos versiones de la historia de Hispanoamérica

PERO sigue la pregunta en pie: ¿qué pasa con lo que hay detrás de ellos? Lo mismo sucede con la Colonia y la llegada de la Independencia, donde se va en busca de la versión populista local de la historia sin sentir, casi, cómo se tuerce el sentido histórico americano. Ambos fenómenos históricos, colonia e independencia, son motivo de conveniencias políticas, y se ha buscado una tesis aceptable para lo político, lo populista y lo demagógico local.

Para unos, la historia colonial se presenta como un periodo obscurantista donde lo trascendente fue la imposición, la explotación de la población indígena y de sus recursos, la superposición de la población extranjera a la de los naturales sin otro objetivo que el enriquecimiento a costa del trabajo ajeno y todo ocurrió en beneficio de una Metrópoli ávida de riquezas y despreocupada de América por ocuparse en otros problemas. En consecuencia se destruyeron las civilizaciones americanas y se interrumpió, sin escrúpulos, su evolución para, con fuerza humana, formar la plataforma proveedora de mano de obra sirviente y aun esclava que, por escrúpulos de conciencia, se sustituyó importando los esclavos negros africanos que explotaron las minas.

La colonia, pues, representó un *hiatus* en la evolución americana y, después de los 300 años de persistencia, con la independencia América logró recuperar aquellas civilizaciones cuya evolución se interrumpió con los extranjeros. El siglo XIX se convertiría en un siglo regenerador de las antiguas civilizaciones americanas e iría en busca del indigenismo.

El siglo XIX no fue un ente abstracto, en él hubieron hombres indígenas depauperados, que no representaban a las antiguas civilizaciones americanas ni correspondían a las magníficas ruinas que todavía existen. Además hubo otros hombres, desarrollados durante la detestada colonia; unos eran los propios extranjeros peninsulares, que ahí estaban todavía, y los otros sus hijos criollos nacidos en el continente, y además había mestizos y todas las castas y mez-

clas concebibles, físicas y sociales, ocurridas entre españoles, indios, negros, y aun orientales que de una u otra forma, a querer y no, vivieron dentro de la cultura occidental, aun cuando antropológicamente no pertenecieran a ella.

El dilema del siglo XIX fue precisamente éste: quién pertenece a qué y por qué. Ello provocó la confusión del siglo XIX al entrecuchar los unos con los otros para alcanzar posiciones económicas y políticas dentro de la sociedad.

Por el otro lado, tenemos la versión inversa que considera a las civilizaciones indígenas en decadencia. Por ello la llegada de la conquista y de la colonia las redimió a encauzar los indios en una corriente social de tipo europeo que los obligó a vivir dentro de los cánones de una sociedad productiva que los salvó de la destrucción por medio de la evangelización. El acento se puso esta vez en la raíz hispánica y en el paternalismo hacia el mundo indígena.

La independencia, fenómeno criollo

CUANDO surgió el enfrentamiento de la población criolla con la corona, por el abuso económico y político de los gobernantes españoles, sobrevino la independencia. Parecía ser la única forma viable para que los criollos, nacidos en la tierra, pudieran hacerse del mando nacional y favorecer sus intereses. Por eso se comprende que fueran monárquicos (el "Viva Fernando VII" de México), católicos (el "Viva la Virgen de Guadalupe" estandarte nacional, también en México) y, finalmente, el "Viva la Independencia", que suponía el manejo directo y local de la política por los criollos.

Lograda la independencia del gobierno español, opuesto al desarrollo criollo, se enfrentaron a la necesidad de proteger sus bienes de propiedad latifundista y rural y al no disponer de la fuerza necesaria asimilaron la de los militares insurgentes, con quienes se aliaron estableciendo, incluso, lazos de familia. Así surgieron los caudillos que con poder económico emprendieron la lucha para dominar la política, y si tenían el dominio de la política lo harían para alcanzar el económico. De hecho, unos y otros pertenecieron a la misma bóveda social a cuya disposición permanecía el pueblo. Fue por esto que el movimiento de la independencia no produjo una revolución social. Simplemente continuó el *statu quo* social sin gobernantes metropolitanos. El problema era cuál de los señores criollos, pudientes, manejaría el poder político para imponerse a los demás.

La transición

Así se abrió el periodo de transición de colonia a nación, sin que hubiera un verdadero sentido nacional excepto en una expresión de forma. Lo entendemos como un periodo de superposición donde perdura una cuña de la etapa colonial, decreciente en intensidad, mientras otra nace, superpuesta, en sentido creciente, y el periodo desde que empieza a decrecer la cuña colonial y hasta que se desarrolló la nacional sería el que produciría los gérmenes nacionales formales.

Observamos también que sobre la infraestructura del periodo histórico prehispánico, interrumpido, se estableció la supraestructura colonial ajena al periodo anterior, que, aunque se preocupara por él, no pudo identificarse propiamente al mantenerse los cánones medievales primero, y luego los del modernismo centralista hispánico de 1542, con leyes nuevas inadecuadas para asimilar y alentar la vida de las diferentes naciones, tanto indígenas como hispánicas, que se habían mezclado. Peor resultó el periodo para asimilar a sus propios hijos mestizos o criollos, o a las mezclas de las castas rechazadas que naturalmente existieron. Todas ellas constituyeron grupos específicos culturales, o naciones diversas, no reconocidas en su personalidad o valía. La corona no estimó durante la colonia la personalidad específica de los criollos esparcidos por toda América, ni la de los mestizos, también ocupantes de todo el Continente y menos la de los indígenas o de los negros o de los orientales, radicados en terrenos precisos que habían habitado desde siempre al comenzar el siglo XIX. Todos ellos estaban disociados y enfrentados por razón de tributos autoritarios impuestos a las castas y, aún peor, por el manejo centralizado y molesto de la libertad de los habitantes de la colonia por los privilegios aristocratizantes que existían.

El problema de la identidad

ÉSE fue el dilema al abandonar la supraestructura colonial, quién era qué y qué era quién, ése fue el problema social que, además de la lucha por el poder, mancha la historia americana del siglo XIX. Otros autores lo atribuyen a la falta de identidad americana que, al imponer la necesidad de ir en busca de un ser propio, trata de desechar la imitación del ser cultural europeo occidental, introducido en el territorio por el periodo colonial. Partir en busca de

esa identidad, que desechaba la cultura occidental de América, resultó una tarea ardua. A la vez se negaba el propio ser colonial (con su herencia católica, mística, realista, centralista), y se quería investir a América de mundo indígena, sostenido por la cultura que la conquista interrumpió y que en algunos lugares había decaído antes de la misma. Sus verdaderos representantes en el siglo XIX eran los propios sirvientes, quienes no pudieron levantarse para lograr una revolución social que aprovechara los movimientos independentistas de sus amos, criollos y mestizos. Al efectuarse la independencia en los virreinos coloniales americanos, el fenómeno estuvo condicionado posiblemente porque en América hispana la colonia fue una prolongación de la monarquía y del Estado español donde la Metrópoli estaba representada en todos sus aspectos.

Esto puede explicar por qué en los Estados Unidos de América, donde no se representó al Estado inglés, surgió la nación sajona con formas políticas republicanas, federales y democráticas, verdaderas y sinceras. En cambio, los países latinoamericanos dirigidos por criollos tendieron a formar repúblicas por ser ésta la única y quizá última solución de la independencia, pues no quedó otro remedio. Además fueron centralizantes, y con tendencia demasiado marcada hacia las dictaduras, a pesar de ser supuestamente federales.

Las características sobrevivientes en el siglo XIX

EL siglo XIX revela con claridad cómo sobrevivieron los dos troncos constitutivos de la población americana, o dicho de otra manera el indigenismo y el hispanismo colonial, ambos en metamorfosis independiente, con extensión nacional, y con toda clase de complicaciones. Podemos, de nuevo, interpretar nuestro siglo desde el punto de vista conservador, que prolonga las características de la colonia en el tiempo como la evolución natural del régimen colonial.

La interpretación del punto de vista liberal trata de introducir reformas buscadas en el extranjero, como en el caso de las influencias federales provenientes de los Estados Unidos o de los liberales españoles o de la masonería norteamericana. No puede escapar a ningún investigador serio que la existencia de los partidos políticos opuestos del siglo, los llamados liberales y conservadores, no se debe a ideologías filosóficas sino a posturas políticas determinadas por características señoriales, que alimentaron posturas caudillescas y aun dictatoriales.

El acecho internacional en el principio del siglo XIX

HISPANOAMÉRICA tiene que aceptar la importancia de los logros obtenidos en el siglo XIX. El estudio del siglo es fundamental, porque los países extracontinentales, y los propios Estados Unidos, alcanzaron niveles muy altos en la vida de Occidente. Debido a la revolución industrial, algunas de las naciones europeas se convirtieron en capitalistas, productoras, inversionistas y comerciantes, y adoptaron una política externa agresiva que complementara y favoreciera su economía y, dentro de esa economía, se encasilló a las naciones de nuestra América. Hispanoamérica representó un papel de importancia porque el Continente ofrecía naciones de posibles consumidores que a la vez eran proveedoras de materias primas y tenían necesidades económicas que harían posibles las inversiones y los empréstitos típicos del recién inaugurado capitalismo. Se entiende, entonces, que ahí comenzaran las deudas extranjeras de nuestros países, y el interés de Gran Bretaña, por ejemplo, de mantener la independencia de nuestras naciones y que buscara facilitar, gustosa, la puesta en marcha de las minas azolvadas durante las luchas de independencia. También se entiende que los Estados Unidos, al no conseguir declaraciones no intervencionistas de los europeos con respecto a Latinoamérica, se enfrentaran con los ingleses, como sucedió en la tercera década del siglo con la Doctrina Monroe. La pugna inglesa por la hegemonía en la política mexicana usó armas efectivas surgidas de las nuevas modalidades del siglo y resultantes de la economía industrial.

Los Estados Unidos recurrieron a los viejos instrumentos típicos de su atrasada economía agrícola y, aunque no pudieron competir con los ingleses terminaron conquistando tierra, la mitad del territorio mexicano.

Ese fue el producto del choque y de la crisis entre Inglaterra y los Estados Unidos para los que México fue el campo de batalla. De la lucha desventajosa que describimos partió la política de los Estados Unidos hacia el exterior. Como era lógico, en una nación de economía agrícola, las fronteras fueron la preocupación y a la vez una necesidad primordial, pues representaron su historia y fueron el resultado de su marcha famosa hacia el oeste, con el Destino Manifiesto a cuestas como base filosófica y alentadora. La transcontinentalidad, que apareció en las discusiones entre Adams y Onís sobre la primera frontera internacional al norte de México, delineó la pri-

mera entre los Estados Unidos y América Latina en 1819 contraponiendo los dos mundos del Continente.

Aunque el mundo sajón, con su Destino Manifiesto, previó la necesidad de llegar al mar por la costa del Pacífico, reafirmó la existencia de la línea que lo separaba del mundo latino.

Esa fue la división más seria de "América" que dio cuerpo a las dos grandes unidades culturales que hoy conocemos

Lo que resultó

MUCHOS son los calificativos que se dan a la historia latinoamericana del siglo XIX pero también hubo muchos logros. Quizá se comprenda esto al pensar que, al término de la independencia, las naciones tenían que reconstruir cuanto derrumbaron durante la etapa destructiva de la misma. Se había roto con el gobierno colonial y no se podía dar marcha atrás, también se rompió con la solución monárquica y hubo que aceptar la solución republicana, se sintiera o no. Paso importante éste, como consecuencia de la destrucción, pues todas las naciones serían repúblicas y los proyectos monárquicos, con raíz extranjera o nacional, habrían fracasado o fracasarían.

Esta uniformidad continental de la temática no siempre ocurría, ni ocurriría en el futuro. Quienes al ir en busca de la modernidad abogaron por la república la encontraron en ese momento, y los tradicionalistas conservadores se convirtieron en republicanos conservadores porque no tenían otra opción. América vivió uno de sus momentos determinantes porque ahí tenía, a la vez, su punto de partida. Si las circunstancias hubieran sido otras, las historias nacionales se hubieran enlazado en ese momento que era el indicado para pensar en grande y las naciones hubieran tenido objetivos concretos que perseguir, dentro de una línea de conducta republicana.

Lo malo fueron los residuos de la sociedad colonial que perduraron en la sociedad independiente. En cada uno de los países quedaron en pie oligarquías aristocratizantes, que no fueron afectadas por las guerras de independencia. En algunos casos ellas mismas manejaron las juntas gubernativas condicionando el futuro nacional. En otros dirigieron las políticas nacionales. Al discutir con las audiencias integraron los grupos guerreros y movieron a la lucha sus peonadas que les dieron la fuerza. Ellos fueron los republicanos conservadores que nada tenían que ganar con el liberalismo y veían en

la república conservadora y centralizada la evolución natural de la colonia a través de las guerras independentistas. También fueron ellos quienes pensaron en la posibilidad de establecer monarquías nacionales y tuvieron que admitir el fracaso de esa forma de gobierno. Sin embargo, de ninguna manera aceptaron que ello significara el término de sus funciones de mando y menos de sus anhelos.

Otro elemento social participó en las oligarquías con fuerza. Estos fueron los profesionales y comerciantes que reflejaron la auténtica modernidad y se apoyaron en la filosofía de la época: el libre comercio y la libertad política. Eran los extremistas de América que acentuaron la libertad, concordando incluso con los regímenes federales si fuera necesario. Estos grupos, aunque con menor forreza tradicional económica y agrícola, representaron el poder económico más moderno y se enfrentaron con la vieja oligarquía en la famosa discusión: federalismo contra centralismo. También por menos poderosos y seguros de sí mismos, estaban dispuestos políticamente a recibir influencias extrañas pensando que consolidarían su postura dentro de sus países y que podrían situarse dentro de la alta política de los mismos.

Estos grupos quedaron convertidos en el campo fértil donde germinarían las logias masónicas, o en el que encontraron eco las naciones europeas. El cuadro se complicó cuando Inglaterra y los Estados Unidos buscaron en nuestros países influencia política y económica.

La tercera oligarquía importante fue la militar, que las naciones heredaron de la colonia o de los hombres fuertes, surgidos en la insurgencia, pues todos usaron el poder militar para reclamar el político. Se abrieron camino los militares hacia los puestos de preponderancia por varios conductos. Quizá se encuentre ahí el origen de las famosas asonadas americanas en las que el siglo XIX fue tan abundante.

Fácil resulta entender que este periodo fue la expresión de los esfuerzos llevados a cabo por los miembros de las oligarquías para alcanzar el poder.

Por debajo estaba el pueblo formando una masa que hierve al agolparse, con servilismo, por obedecer al señor de quien depende, o que le puede pagar por su servicio. En América el pueblo del siglo XIX no fue el exponente de la soberanía nacional. Al contrario, era aplastado y manejado por las oligarquías que lo hacían participar en luchas muy distantes de su interés, a las que asistía

por obligación de vasallaje con alguno de los miembros de la oligarquía.

Sin embargo la oligarquía, criolla y mestiza, no escapaba a los problemas de personalidad, o de identidad como dicen, así como tampoco escapaban los componentes del pueblo humilde. Estos problemas de identidad, sociales y familiares, fueron provocados por la continua mescolanza de las castas, generalmente intencionada por causas variadas, pero en la mayoría de los casos por los tributos o la libertad. Todos esos problemas marcaron la manera de ser y el carácter del individuo americano debido a la incertidumbre y la falta de seguridad social y personal que ello significaba. Lo peor del caso fue que entre las clases sirvientes del siglo XIX se encontraron todas las llamadas castas representadas por la población indígena pero además la negra y la china con todas las mezclas posibles. En postura intermedia entre esta capa sirviente y la oligarquía estaba el grupo mestizo alto, más cercano a la oligarquía blanca criolla, mientras la parte baja del grupo mestizo se identificaría con las castas.

Con esta gama social, al buscar seguridad los historiadores y los políticos del siglo XIX fueron en busca de raíces indígenas para satisfacer un espectro de población muy amplio, pues interesaría a la población baja del Continente americano pero quedaría aparte la población mestiza cercana a la criolla y la criolla misma. Así fue la postura de los grupos liberales.

Si en vez de ir en busca de la raíz indígena se iba en busca de la raíz hispánica entonces se satisfacía al grupo criollo y mestizo alto y se dejaba en el desamparo al grupo indígena y a las castas. Ante esas posturas extremas y opuestas se entiende la postura de Vasconcelos,³ que pone el acento en la raza cósmica y resuelve el problema con el mestizaje. Pero aun así no se resuelve el problema de la manera de ser del individuo y el problema social que efectivamente existe. El mal estriba en el constante mirar atrás, hacia el pasado, en vez de aceptar una situación de hecho que nadie puede cambiar, y tomar el camino a seguir hacia adelante. No deja de ser cierto que el indio no es ya indio puro como se pretende, pues aun el más puro vive dentro de una cultura mestiza y, si es educado, occidental. El criollo tampoco es hispánico ni occidental puro porque su cultura está infiltrada, desde el idioma hasta las costumbres y los gustos, por lo que existe de la cultura indígena local. En

³ José Vasconcelos, *El Ulises criollo*, México, Botas, 1935.

esa forma se atendería el problema de la integración de la sociedad latinoamericana y se rompería con la ya tediosa clasificación de las poblaciones americanas y con la segregación. También debe entenderse que el problema no radica en el color de la piel ni en la condición social, sino en la educación que se adquiere o que no se tiene y ello también supone un problema económico, bien sea del individuo o del Estado. Las castas más bajas son forzosamente las menos educadas y entre ellas se encuentran casualmente los individuos de mayor coloración. Sin embargo el siglo XIX logró ver la pérdida de muchas de estas tradiciones y se contempla el caso de Benito Juárez, que alcanzó la presidencia de la nación por su inteligencia y preparación, a pesar de su calidad indígena.

Todas las situaciones descritas son capitales para el entendimiento de la historia americana, pero resultan difíciles de entender cuando nos ceñimos a los lineamientos de la historia local nacional. Hay muchos factores característicos de todo el continente que no se pueden subrayar y destacar desde la historia local. Sólo cuando logramos sintetizar hasta el punto de perder los nombres de los personajes y prescindir de los puntos de vista nacionalistas se puede lograr alcanzar una visión continental que nos brinda un mejor entendimiento de lo que es realmente América.